

Jean-Pierre Melville

Cinéfilo compulsivo, miembro de la Resistencia durante la Ocupación de Francia, cineasta *amateur*, creador de sus propios estudios de cine, *maestro* de los realizadores de la *Nouvelle Vague*, director de una serie de policíacos inconfundibles, creador de un universo cinematográfico que le pertenece en exclusiva. Todas estas circunstancias marcaron el itinerario vital y sobre todo creativo de Jean-Pierre Melville (1917-1973).

En 1946 Melville dirige el accidentado corto *Vingt-quatre heures de la vie d'un clown*, aunque su carrera alcanza su primer gran logro —de hecho, uno de los mayores de su obra— con su siguiente película, *Le silence de la mer*, que empieza a rodar en 1947, aunque solo puede estrenarla dos años después, debido a las muy difíciles condiciones en que la realiza. Tras *Les enfants terribles*, según Jean Cocteau, y *Quand tu liras cette lettre* (1953), a partir de un guion de Jacques Deval, tal vez menos personales pero poseedoras de un extraordinario interés, Melville filma su primer policíaco con *Bob le flambeur* (1955), género que le dará sus mayores éxitos e impondrá la imagen más perdurable de su obra, y que no abandonará hasta su última película, *Crónica negra (Un flic)*, rodada en 1972, con la excepción de dos nuevas incursiones en el período de la Ocupación, *Léon Morin, prêtre* (1961) y *El ejército de las sombras (L'armée des ombres)*, 1969) —si bien dos películas como *Deux hommes dans Manhattan* (1959) y *El guardaespaldas (L'Aîné des Ferchaux)*, 1963) solo se acercan al género de forma muy tangencial—. Son sin duda las películas de Melville que se pueden adscribir, aun con reservas, al género negro —que en Francia tendrá la denominación de *polar*— las que han dado mayor popularidad a su autor, y simultáneamente las que le han proporcionado mayor prestigio e influencia en cineastas posteriores, si bien no convendría olvidar que filmes como *Le silence de la mer* o *El ejército de las sombras* —ambientados en la época de la Ocupación de Francia por la Alemania nazi— se cuentan también entre sus mayores logros. Ni que entre sus filmes policíacos y los que conforman el resto de su filmografía existen profundas afinidades —sobre todo en el caso de *El ejército de las sombras*, una de las cumbres indiscutibles de su carrera, muy deudora de su cine policíaco.

En definitiva, los trece largometrajes más el cortometraje primerizo que Jean-Pierre Melville dirigió a lo largo de su carrera delimitan un trayecto creativo que importa un creciente aislamiento formal, un imparable proceso de ensimismamiento que llega casi a lo autárquico, una paulatina especialización y un repliegue de progresiva densidad en sus obsesiones. Todo ello determinó que el director francés anduviera, de distintos modos, y en función del período de que se trate —desde la marginalidad casi total, tanto en términos de producción como creativos, de su primer largometraje, *Le silence de la mer*, hasta la obra algo más integrada, aunque en el fondo igualmente independiente, en la industria cinematográfica de la época, pero aún más profundamente idiosincrásica en términos estilísticos, de la etapa final de su carrera, por unos derroteros bastante desmarcados del cine de su época, por una senda aparentemente independiente de movimientos y escuelas, apenas con relaciones creativas, más allá de las meramente superficiales, con otros directores de su época. Acaso esto explique, también, que su lugar en la historiografía contemporánea sea, aunque conservando siempre el encanto de la extravagancia, un tanto orillado por analistas y estudiosos cinematográficos, como ha podido ocurrir también en los casos parecidamente *extravagantes* de Jacques Tati, Jacques Becker o Georges Franju, por citar otros directores coetáneos y compatriotas suyos.

No obstante, por mucho que en muy buena medida la obra de Melville discurriera afinando y ahondando un estilo muy exclusivo, parece conveniente precisar también que todos estos cineastas a que nos acabamos de referir, incluido por supuesto el propio Melville, nunca han hecho su camino absolutamente al margen: los autores que transitan los senderos tangenciales no se abstraen de las inquietudes predominantes en su época, sino que las elaboran de forma más soterrada que la de otros cineastas, por lo que resultaría un error ver la obra de cada uno de

ellos como producto exclusivo del *genio* de su creador, asépticamente libre de influencias exteriores.

En esta línea, resulta apasionante rastrear las huellas de la obra de Melville en el cine de las últimas décadas, lo que se ha materializado en películas de directores como Rainer W. Fassbinder, Fernando di Leo, Jim Jarmusch o Quentin Tarantino, o en numerosos cineastas orientales especializados en el cine de acción. Pero no se trata de meras influencias unidireccionales: como ocurre con cualquier cineasta relevante, algunas películas posteriores a las de Melville han *influido* en cómo leemos hoy estas últimas. Y es que si una parte del cine contemporáneo no se puede entender sin Melville, tampoco su obra se entiende cabalmente sin sus derivaciones en numerosos cineastas ulteriores.

José Francisco Montero, *Jean-Pierre Melville. Crónicas de un samurái*. Santander. Ed. Shangrila. 2014